TOMÁS DE AQUINO
EN 90 MINUTOS

PAUL STRATHERN



TOMÁS DE AQUINO EN 90 MINUTOS





Tomás de Aquino
EN 90 MINUTOS

Paul Strathern

Traducción de
José A. Padilla Villate





Diseño interior y cubierta: RAG

Título original: *Thomas Aquinas in 90 minutes*

Este libro se contrató a través de Ute Körner Literary Agent, S. L., Barcelona –www.uklitag.com– y de Lucas Alexander Whitley Ltd. –www.lawagency.co.uk

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1754-5
Depósito legal: M-10.472-2015

Impreso en España

Índice

Introducción

Tomás de Aquino murió el 7 de marzo de 1274 y subió al cielo. Fue santificado 49 años después y el papa León XIII, en 1879, proclamó que la obra de Tomás de Aquino era «la única filosofía verdadera».

Tomás de Aquino rompió así con la gran tradición filosófica de caer en el error, lo cual le separa de todos los demás filósofos (y quizá de la filosofía misma). En realidad, no se debería decir nada más, a menos que uno sea de los que creen que el pensamiento ha hecho algunos adelantos desde la época de la Cruzada de los Niños y del cinturón de castidad.

El ser objeto de numerosas hagiografías empalagosas, llenas de anécdotas favorecedoras y de la aceptación incondicional de muchos disparates metafísicos, no ha hecho mucho por la reputación filosófica de Tomás de Aquino. Solo vemos una figura indefinida en medio de nubes de incienso de teología, donde es difícil distinguir la más brillante mente filosófica de un milenio (desde san Agustín); sin embargo, Tomás de Aquino tiene, incuestionablemente, esa estatura.

Para apreciar a Tomás de Aquino con justicia es necesario distinguir, en lo posible, entre su teología y su filosofía; la primera, fuera de cualquier duda, es absolutamente correcta, se mire por donde se mire (todo el que dude de esto arriesga excomunión instantánea y la expectativa de una vida futura en una región tercermundista, desprovista de las modernas comodidades domésticas). La filosofía, en cambio, es algo cuya verdad es cuestionable. Esto es lo que hace que la filosofía sea lo que es.

Incluso en tiempos de Tomás de Aquino existía una diferencia implícita entre teología y filo-

sofía; ambas conducían sus argumentos de manera similar, por deducción, razón, lógica, etc., pero los primeros principios de la teología se apoyaban en la fe en Dios, mientras que la filosofía no requería tal fe y comenzaba desde primeros principios que se daban por «evidentes en sí mismos», basados en nuestra aprehensión del mundo que nos rodea y en el solo uso de la razón.

Es natural que teología y filosofía se hayan solapado a menudo, particularmente en una civilización dominada por la religión como la de la era medieval. Puede que esta situación parezca pintoresca en estos tiempos sin dios, pero, en realidad, nuestro pensar se ha reducido a un estado misteriosamente similar. La filosofía moderna simplemente cubre con papel la línea divisoria entre el pensar teológico y el filosófico. También para filosofar debemos comenzar con una fe en algo, en los supuestos básicos, que quedan más allá de nuestra capacidad de prueba por medio de la razón; por ejemplo, una fe en la coherencia y consistencia del mundo, sin las

cuales no puede haber leyes científicas. ¿Es esto un mero sofisma? ¿No es esto lo que quiere decir «evidente en sí mismo»? Es *obvio* que el mundo es coherente, aun cuando no tengamos medio de probarlo. Pero en realidad no es así. La moderna mecánica cuántica, que estudia el comportamiento de las partículas subatómicas, no tiene coherencia ni causalidad y es, claro está, ciencia, y es posible que aparezca pronto en escena una teoría global (una teoría del todo, digamos) que resuelva tales inconsistencias aparentes. Pero no es este el punto importante. En las circunstancias actuales, una fe en la consistencia última del mundo no es más justificable que una fe en Dios y esto es, de hecho, verdad *en cualquier circunstancia*.

Vida y obra de Tomás de Aquino

Tomás de Aquino (Tommaso d'Aquino) nació en un castillo a seis kilómetros al norte de Aquino, en la Italia meridional. Este castillo algo lóbrego permanece todavía sobre la colina que domina el pueblo de Roccasecca, justo al lado de la autostrada entre Roma y Nápoles. Tomás era el séptimo hijo del conde Landolfo d'Aquino; el célebre poeta lírico Rinaldo d'Aquino puede muy bien haber sido uno de sus hermanos. Lo que es todavía más interesante, Tomás era sobrino de Federico II, el rebelde emperador del Sacro Imperio Romano, cuya corte en Sicilia fue el escenario de un Renacimiento prematuro. Hombre

de talento excepcional, Federico fue excomulgado por el papa, pero emprendió entonces una cruzada por su cuenta que retomó Jerusalén para la cristiandad (dejando así al papa un tanto perplejo).

A la edad de cinco años, Tomás fue enviado a la escuela con los monjes de Monte Cassino, donde su intelecto agudo y su temperamento religioso se hicieron pronto notar; nueve años más tarde, su educación se interrumpió cuando tío Federico expulsó a los monjes porque sospechaba que se estaban haciendo demasiado amigos del papa, su enemigo. Tomás fue enviado entonces a la Universidad de Nápoles, que había sido fundada por Federico. (Por ese tiempo, Federico había decidido fundar también una nueva religión en la que él sería el mesías; cuando su primer ministro rehusó hacer de san Pedro, le mandó cegar y exponer en una jaula.)

La Universidad de Nápoles se había convertido, bajo la protección de Federico II, en un centro importante de los nuevos conocimientos que comenzaban a extenderse por el mundo medie-

val. Se estaba redescubriendo el saber clásico y la Universidad de Nápoles atrajo sabios desde los más apartados rincones de Europa. A Tomás le enseñó lógica un erudito transilvano llamado maestro Martín y escuchó clases de filosofía natural (ciencias) del maestro Pedro de Hibernia (Irlanda).

Así pues, fue el maestro Martín quien introdujo a Tomás de Aquino en los tratados de lógica de Aristóteles, que tan dominante papel desempeñaron en el pensamiento medieval. A Aristóteles se le atribuye generalmente la invención de la lógica en el siglo IV a.C. La palabra *lógica* deriva del griego *logos* (palabra o lenguaje) y significaba originariamente algo así como «reglas del discurso». Para Aristóteles la lógica era un *organon* (herramienta) de uso en filosofía, pero, como tal, podía usarse en cualquier rama del conocimiento. El objetivo de la lógica era la *analytica*, «desatar» o «desenredar».

Pero la lógica que heredó Tomás de Aquino en el siglo XIII había hecho muy pocos progresos en el milenio transcurrido desde que había sido

inventada por Aristóteles; su forma principal de argumentación era el silogismo, descrito por Aristóteles como «un razonamiento por el cual se establecen unos ciertos hechos, y estos hechos generan un conocimiento posterior que sigue necesariamente». Un ejemplo simple de silogismo es el siguiente:

Todos los hombres son mortales.
Todos los griegos son hombres.
Por lo tanto, todos los griegos son mortales.

Este método de razonamiento se demostró altamente productivo cuando lo usó Aristóteles, liberando el pensamiento y dirigiéndolo hacia conocimiento nuevo. La estructura básica de la lógica de Aristóteles seguía siendo sólida en tiempos de Tomás de Aquino, pero sus métodos empezaban a ser viciados y restrictivos, se les consideraba como sagrada escritura y se hacían pocos intentos por mejorarlos. Se veía el razonamiento como poco más que el uso ritual del método lógico y no como la herramienta

imaginada por el filósofo. La mente rápida de Tomás de Aquino le permitió enseguida ser un experto en esta destreza verbal, aunque también se dedicó a más profundas especulaciones filosóficas, y observó que tales métodos podían ser usados igualmente en ellas con el fin de depurar sus pensamientos.

Al mismo tiempo, Tomás de Aquino se iba sintiendo cada vez más atraído por los dominicos; esta orden monástica había sido fundada unos 70 años antes, en 1215, por santo Domingo, un castellano de ortodoxia fanática. El objetivo de la orden era extirpar la herejía. Los monjes de la orden vestían hábitos negros y habían comenzado recorriendo los campos viviendo de la limosna, pero se habían orientado recientemente hacia el saber, que bajo santo Domingo había estado prohibido –igual que los colchones blandos– a menos de contar con dispensa especial.

La decisión de Tomás de Aquino de unirse a los dominicos causó consternación en su familia que, consciente de su talento excepcional y de su temperamento religioso, le había anima-

do a incorporarse a la iglesia, donde, añadidas las conexiones familiares a su inteligencia, habría podido fácilmente llegar a arzobispo de Nápoles, una posición prestigiosa apropiada para un descendiente del comandante militar del Sacro Imperio Romano (el abuelo de Tomás, con cuyo nombre fue bautizado). Por el contrario, la idea de un Aquino deambulando por los caminos de Italia, sin un céntimo y mendigando, produjo una reacción similar a la de un hijo de un general moderno escapándose para unirse a una colonia *hippy* en las cuevas de Creta.

Tomás estaba, no obstante, decidido. Se veía a sí mismo siguiendo los pasos de otro vástago de una prestigiosa familia que había abandonado recientemente todo en aras de su fe, Francisco de Asís. Dos décadas antes, Francisco había fundado la orden que recibió nombre según el suyo, y había dedicado su vida desde entonces al cuidado de los enfermos y desposeídos, término este que, para él como sus hermanos, incluía los animales y los pajáros. Tomás recibió inspiración toda su vida del ejemplo de san

Francisco, a pesar de sus profundas diferencias en propósitos y en temperamento. Si alguien veía a Tomás susurrando a solas, sería que estaba esforzándose por comprender algún argumento de Aristóteles, más que en charla fraternal con los pájaros.

Antes de que los padres de Tomás pudieran hacer algo por detenerle, se unió a los dominicos y dejó sus estudios en Nápoles. El flamante joven dominico emprendió la marcha a pie hacia París, con su mente rebosante de nuevas ideas de las obras de Aristóteles, excitado por la perspectiva de una vida de santa penuria dedicada al estudio. París era el mayor centro del saber en toda la cristiandad. Tomás quería estudiar allí con Alberto Magno, uno de los mayores sabios de la época, famoso por sus comentarios de Aristóteles.

Tomás, con 19 años, caminó unos 130 kilómetros, hasta la orilla del lago Bolsano, al norte de Roma, donde le alcanzaron sus hermanos, que habían sido enviados a caballo por su madre. Cayeron inmediatamente sobre Tomás, lo

ataron y lo llevaron de regreso al castillo familiar de Roccasecca, donde se le recluyó prisionero en una torre. Con el fin de hacerle entrar en razón, su padre le ofreció conseguirle el puesto de abad de Monte Cassino (recién renovado por Federico II con monjes menos favorables al papa). Pero Tomás no estaba interesado en regresar para dirigir su vieja escuela. ¿Qué podían hacer los Aquino con tan obstinado vástago, determinado a ser un santo socialmente inferior? La madre de Tomás, de estirpe normanda y con los pies en la tierra, decidió probar un método más francés e introdujo una joven y frescachona campesina en la torre de Tomás, una noche de frío invierno.

Según cuenta la leyenda, Tomás estaba intentando avivar un fuego en el suelo de su celda cuando entró la muchacha. Levantó la vista y vio aquella aparición a través de las llamas; supo enseguida que sus ojos le estaban engañando; no era una chica, vestida con poca ropa, ofreciéndosele para una noche de salvaje amor, sino una salamandra: un espíritu de lujuria conjura-

do por alguna magia diabólica. Tomás agarró una tea del fuego y la blandió ante la muchacha. La aparición se esfumó en un instante, huyendo por la puerta, no fuera que su incendiario atuendo resultara más inflamable de lo que había calculado. En éxtasis por la milagrosa liberación de este espíritu lascivo, Tomás levantó la llameante antorcha y dibujó un signo en la pared. Dice la tradición que era la señal de la cruz.

Tomás permaneció encerrado en la torre familiar durante un año, que empleó en la lectura de la Biblia y de la *Metafísica* de Aristóteles. Este era el título dado a una docena de cortos tratados de Aristóteles en donde discute, entre otros tópicos, la cuestión del ser (ontología) y la naturaleza última de las cosas. La palabra *metafísica*, que se ha hecho casi sinónimo de filosofía, deriva del griego antiguo y quiere decir «por encima (o más allá) de la física». En esta obra intenta Aristóteles descubrir qué condiciones son verdaderas para todos los entes. Se hace una pregunta famosa «¿Qué es la sustancia?» y prosigue discutiendo la diferencia entre sustancia y

esencia o entre materia y forma. Aristóteles rechazó la noción platónica de que la materia recibía su forma e identidad particulares de un mundo ideal de formas abstractas. Para Aristóteles, la forma de un objeto particular es en cierto modo tan concreta como su materia; ve la forma como su esencia.

Aristóteles se ocupa de teología en la parte final de su *Metafísica.* Se pregunta por la causa de algo, después por la causa de esa causa, y así sucesivamente, llevando de esta manera la cadena causal hasta la causa última, el primer motor, él mismo inmóvil, al que llama Dios. Tales argumentos resultaban fácilmente aceptables por la iglesia cristiana. La prueba aristotélica de la existencia de Dios daba soporte filosófico (y así respetabilidad intelectual) a la fe cristiana. Estos retazos del pensamiento de Aristóteles, junto con otros similares de Platón, habían sobrevivido en la Europa de la Alta Edad Media, y habían sido absorbidos en el canon de la enseñanza cristiana, preservado en remotas comunidades religiosas, antes de emerger para

convertirse en la fuerza intelectual dominante en la Europa medieval. Aunque las ideas expresadas por Platón y Aristóteles no podían haber sido cristianas (ambos habían muerto más de 300 años antes del nacimiento de Cristo), esto no era considerado relevante. Pero, como veremos, la prueba aristotélica de la existencia de Dios quedaba por ello en una situación un tanto anómala (pues, ¿de qué Dios, precisamente, se había probado la existencia?).

El joven Aquino, devorando ávidamente la *Metafísica* de Aristóteles en su torre prisión, eligió pasar por alto cualquier posible diferencia entre el Dios de Aristóteles y el Dios cristiano en que tan fervientemente creía. Lo que le impresionaba era el intelecto sin par de Aristóteles, su cuestionarse por la naturaleza última de las cosas y su capacidad de probar la existencia de Dios. Tales razonamientos filosóficos eran el alimento fundamental de su intelecto en despertar.

Pero todas las cosas buenas llegan a su fin y Aquino no habría de permanecer indefinidamente sin ser molestado en su torre. Su herma-

na tramó finalmente un plan de huida, ayudada por algunos de sus hermanos, ya más comprensivos. (Uno esperaría que entre ellos se encontrara Rinaldo, el poeta, pero no es seguro.) La hermana de Tomás y sus hermanos entraron de noche, cautelosamente, en la torre y descendieron a Tomás dentro de una cesta por la muralla; a la mañana siguiente ya estaba otra vez en marcha hacia París, tratando de pasar desapercibido entre peregrinos, caballeros, comadres, simplones y vendedores de pasteles de camino a la feria. Después de atravesar a pie la Lombardía, los Alpes y la Borgoña, en un recorrido de casi 1.600 kilómetros, Tomás llegó a París, para descubrir que Alberto Magno se había ido a enseñar a Colonia, en Alemania. Casi 500 kilómetros después, llegó Tomás a Colonia.

Alberto Magno era un suabo cuyas enseñanzas habían contribuido al renacer del interés de los estudiantes por Aristóteles. (Fue canonizado tardíamente, en 1931, sin ninguna razón aparente. Conocido como san Alberto Magno, es el

santo patrón de los científicos de la naturaleza que sienten la necesidad de protección contra creencias heréticas, una clase esta en la que casi todo adelanto científico ha caído en alguna ocasión.) Alberto Magno quedó enseguida impresionado por el desgarbado muchacho de 22 años de la Italia meridional. Tomás de Aquino había crecido para convertirse en un desmañado gigante; podía expresar las ideas más complejas con la máxima claridad, pero era casi incapaz de dar expresión a sus sentimientos (salvo con la ayuda de una tea en llamas). Sus grandes ojos de buey miraban implorantes cuando sus gamberros condiscípulos le gastaban bromas pesadas sin piedad, aunque, eso sí, desde prudente distancia. Pronto se le conoció como «el buey bobo», si bien se dice que Alberto Magno reprobaba la conducta de los que le atormentaban: «Tomad nota de mis palabras: algún día, los mugidos de este buey serán oídos por toda la cristiandad». Esta historia, típica anécdota hagiográfica baladí que se endilga a alguien de quien no hay mucho más que decir, parece con-

firmar, sin embargo, unas maneras y apariencia más bien bovinas.

Con el tiempo, Alberto Magno regresó a París y Tomás le acompañó. Aparte de ser el mejor centro de enseñanza en Europa, la Universidad de París gozaba de una libertad única en el mundo medieval. Sus estudiantes y profesores eran nominalmente clérigos y no eran, por tanto, responsables ante las autoridades civiles, pero, además, debido a un estatuto celosamente guardado, estaban también libres de la jurisdicción clerical del obispo de París y respondían solo directamente ante Roma. En una época en que el correo tardaba una quincena en llegar a Roma (lo mismo que hoy), esto dejaba una buena holgura a la universidad y a sus estudiantes. Esta peculiaridad había de permitir, en el siglo siguiente, que el poeta François Villon escapara a la horca, a pesar de haber cometido un asesinato en su época de estudiante en París. Pero en tiempos de Tomás de Aquino, el problema principal no era tanto el gamberrismo como las nuevas ideas. Entonces como ahora, el barrio

Latino de París era un fermento para las nuevas ideas, que nadie más podía entender, y menos aún creer. El postestructuralismo del siglo XIII fue el resurgir de la sabiduría clásica, especialmente de las obras de Aristóteles desconocidas anteriormente.

El saber clásico se hallaba fragmentado después del colapso del Imperio romano. Las enseñanzas de Platón y Aristóteles habían sobrevivido solo de forma limitada; muchos manuscritos antiguos estaban dispersos, perdidos o habían sido destruidos. Se sabe que Aristóteles fue traducido, en el siglo V, por cristianos nestorianos al siríaco (una variante antigua del arameo hablada en Siria). Durante los siglos siguientes sus obras fueron traducidas al hebreo y al árabe. En el siglo XII, el gran sabio musulmán Averroes se encontró con la obra de Aristóteles. Averroes (que no habría sido tan famoso de insistir en ser conocido por su nombre árabe, Abu al Walid Muhammad ibn Ahmad ibn Muhammad ibn Rusd) fue juez en la España ocupada por los moros, en la ciudad de Curtubah (Córdoba). A la

manera de los sabios musulmanes de su época, Averroes era médico, además de filósofo. Cuando era médico del califa de Córdoba, este le persuadió para que compusiera una serie de comentarios a Aristóteles, que fueron después traducidos al latín, la lengua internacional hablada en toda Europa y que unificaba la cultura del continente de una manera que hoy se nos escapa.

Al llegar los comentarios de Averroes, se volvió a despertar el interés por Aristóteles, cuyo espíritu científico sintonizaba con los cambios que estaban ocurriendo en el mundo medieval. El feudalismo estaba decayendo y Europa era testigo del crecimiento de las ciudades cuya población urbanizada estaba generando una nueva actitud ante el mundo.

La cristiandad había tenido ya 800 años atrás un encuentro con el pensamiento griego. En aquella ocasión, por medio de san Agustín, había absorbido algunas ideas platónicas, pero eran estas las ideas que meramente confirmaban el desprecio del cristianismo por la realidad

cotidiana; el mundo era solamente el pobre escenario en el que la humanidad sufría el drama de sus luchas espirituales. La verdadera realidad estaba en el reino transcendental de las ideas puras; todo lo demás era, en el mejor de los casos, una distracción, y en el peor, una esclavitud que conducía a la condenación eterna.

Esta actitud valía para una sociedad feudal y en su mayoría campesina, pero los habitantes de las ciudades sentían la necesidad de una comprensión más activa de lo que les rodeaba, con el fin de resolver los nuevos problemas que presentaba la vida urbana. (El problema del drenaje, por ejemplo, era particularmente apremiante.)

La actitud científica de Aristóteles parecía llenar estas necesidades. El mundo medieval se agitaba saliendo de su somnolencia y aparecían adelantos tecnológicos (el alcantarillado, por ejemplo). La teología cristiana confrontaba, por primera vez en su historia, con el problema planteado por la explicación científica del funcionamiento del mundo. Allí donde la con-

templación puramente mística había imperado, la razón comenzaba a asomar su fea cabeza. (De cara a la insufrible suciedad del mundo, se podía, o bien meditar intensamente sobre la realidad transcendental, o bien salir afuera, abrir y hacer correr la alcantarilla.)

Este cambio de actitud fue acompañado por una transformación en otras esferas. Los métodos de la ley romana revivieron en las cortes de justicia, en lugar de los intentos de descubrir la «verdad» sometiendo a los acusados a ordalías tales como la silla de inmersión. (Si confesaban, eran culpables y ahorcados; si se ahogaban siendo inocentes, sus almas irían al cielo.) En uno de esos raros momentos de la historia, parecía como si algo más de razón estaba a punto de entrar en los asuntos humanos. Europa estaba lista para el Renacimiento. (El hecho de que no ocurrió es otra historia y Tomás de Aquino desempeñó su papel en ello; al hacer que las ideas de Aristóteles fueran inofensivas para las enseñanzas de la iglesia, ayudó a posponer lo inevitable. Contribuyó también a retrasarlo la

llegada de la Peste Negra en el siglo XIV, que dejó un reguero de cadáveres y desenterró un reguero de ideas muertas por toda Europa.)

Cuando Tomás de Aquino llegó a París con Alberto Magno, fijó residencia en el barrio Latino, que recibía su nombre del idioma hablado por la comunidad internacional de estudiantes que pululaban por sus estrechas calles. Se sabe que Tomás de Aquino vivió en la rue St. Jacques, entonces la calle principal del barrio, en el Colegio de los Jacobinos (los dominicos franceses). Después de graduarse, Tomás de Aquino, ya con 30 años, recibió la licencia para enseñar. El alto y pesado joven había sufrido una transformación; bajo sus ojos saltones de buey nacía una espesa barba negra, mientras que la parte superior de la cabeza se había quedado completamente calva. Los hagiógrafos de Tomás de Aquino hablan de su vida austera y de sus hábitos frugales, pero la mayoría de las descripciones también mencionan su vasta barriga. La única explicación que le puedo encontrar a este sobresaliente y abultado misterio es

que probablemente comía mucho, pero sin darse cuenta.

A pesar de su aspecto poco atractivo y de sus maneras reservadas, pronto se convirtió en el favorito de los estudiantes y sus clases convocaban muchedumbres, puesto que era el hombre que había absorbido las últimas enseñanzas asequibles de Aristóteles y era capaz de hacer comprensibles a todos hasta las ideas más abstrusas.

Sin embargo, las ideas de Aristóteles no eran populares entre las autoridades conservadoras eclesiales; ya para cuando Tomás de Aquino entró en escena en París, las doctrinas de Aristóteles habían sido condenadas no menos de cuatro veces por descarriar a los fieles. (En 1231, el papa Gregorio IX llegó a nombrar una comisión que expurgara los ejemplos de razón de las obras de Aristóteles.) Pero Tomás de Aquino hizo lo que pudo para evitar toda controversia con la iglesia. Según su interpretación de Aristóteles, la teología podía ser una ciencia; basada en principios evidentes en sí mismos y en la

verdad revelada por Dios (en la Biblia), se podía construir un sistema de conocimientos de acuerdo a los principios racionales. (Cuatro siglos más tarde, Spinoza edificó toda su filosofía siguiendo este planteamiento.)

Había, no obstante, una controversia que Tomás de Aquino no pudo evitar, y era la existente entre las autoridades universitarias y los dominicos. A las autoridades universitarias les repugnaba tener que reconocer a los recién fundados dominicos y concederles privilegio de exención de la leyes civiles de la que gozaban otros miembros de la universidad. A ojos de las autoridades, los dominicos empobrecidos, en sus andrajosos hábitos negros, no eran nada más que mendigos y vagabundos licenciados. Los dominicos respondieron rehusándose a reconocer la autoridad de la universidad, pero insistiendo en que legalmente tenían derecho a las mismas libertades que los otros miembros de la universidad, esto es, libertad de la jurisdicción de las autoridades civiles. La controversia entre los dominicos y las autori-

dades universitarias entró en crisis en 1257, cuando Tomás de Aquino fue nombrado profesor de filosofía en París. Los que apoyaban a la universidad en contra de los dominicos rehusaron dar su aprobación al nombramiento y apelaron al papa.

Puede que los dominicos predicaran el interés primordial por las cosas de la otra vida, pero no se quedaron sentados a la hora de tratar con los problemas de este mundo: especialmente con el muy mundano mundo de la política eclesiástica. Antes de enredarse en su pelea con la Universidad de París, los dominicos habían tomado, astutamente, precauciones. En el punto decisivo, se habían asegurado de su influencia en la curia, el tribunal papal, con el resultado de que el papa decidió finalmente a su favor. El nombramiento de Tomás de Aquino fue confirmado, con el resultado de que los dominicos adquirieron respetabilidad en las universidades y cortes de toda Europa.

Tomás de Aquino continuó con la enseñanza; a la vez escribía el *opus magnum* que había co-

menzado después de su titulación, la *Summa contra gentiles (Un resumen de razones contra los infieles),* que contiene gran parte de su mejor trabajo filosófico, al igual que extensos pasajes que demuestran a los católicos que la verdadera filosofía queda más allá de la comprensión humana. (Esta posición aparentemente autodestructiva –que la verdad filosófica es en realidad incomprensible– tiene una larga tradición y se extiende incluso hasta la filosofía contemporánea, con Wittgenstein insistiendo en que tal verdad es tan inexpresablemente incomprensible que ni siquiera podemos hablar de ella.)

La *Summa contra gentiles* es una obra enciclopédica que incorpora el pensamiento de Aristóteles a la teología de la iglesia católica, en una forma muy parecida a la adaptación que había hecho san Agustín de las ideas de Platón a la doctrina cristiana, 800 años antes. Como hemos visto, antes del vasto y detallado análisis realizado por Tomás de Aquino de las ideas de Aristóteles y de su relación con las ideas cristianas, la teología sufría una presión creciente a

partir del redescubrimiento de la cultura griega, con su énfasis en la razón y en la ciencia. De hecho, es difícil imaginar cómo podría haber sobrevivido la teología cristiana sin la ayuda de Tomás de Aquino.

La *Summa contra gentiles* es una obra filosófica de objetivo estrictamente no filosófico; en ella, Tomás de Aquino emplea argumentos filosóficos para demostrar la verdad de las creencias cristianas; sus razonamientos se dirigen al no cristiano pensante. Se creía que esta especie estaba ya extinta en ese tiempo en Europa, puesto que tan pronto se comprobaba que no era así, se tomaban vigorosas medidas inquisitoriales para asegurarse de que fuera así. Entonces, ¿para quién escribía Tomás de Aquino? Generalmente se dice que su imaginario lector era una intelectual árabe, que, después de someterse a cientos de páginas demostrando la verdad incontrovertible de la religión cristiana, no tendría otra alternativa que abjurar del islam y abrazar el cristianismo. Se desconoce el número de intelectuales árabes que pasaron por

esta penosa experiencia para llegar a la misma conclusión.

Puede ser que el propósito de Tomás de Aquino sea sospechoso, pero su modo de filosofar es de grueso calibre. Sus razones se siguen unas a otras, sencilla y lógicamente, paso a paso, recordando la manera adoptada en los diálogos de Platón y en las obras de Aristóteles; gusta de comenzar por un lugar común particular, para llegar, paulatinamente, a las conclusiones más profundas. Tomemos, por ejemplo, su noción de «sabiduría». Es posible, dice, alcanzar la sabiduría en alguna esfera práctica, tal como ganar dinero; aquí, la sabiduría reside en los medios empleados para el objetivo particular (hacerse rico). Pero todos los objetivos particulares se subsumen en el propósito global del mundo, que es la verdad última, que es el bien. La forma más alta de la sabiduría nos conduce así al entendimiento de este propósito global: la voluntad de Dios.

Aquellos que no aceptan que el fin último del mundo sea el bien pueden pensar que hay un

salto en esta línea de razonamientos, pero no se puede negar el papel director que desempeña la razón en la argumentación, que Tomás de Aquino saca de Aristóteles. Según Tomás de Aquino, la razón nos lleva hasta Dios, pero solo hasta allí; la razón es capaz de probar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, pero no puede probar la existencia del Juicio Final o del Espíritu Santo, que solo pueden ser comprendidas por la fe, como verdad revelada.

Tomás de Aquino se esfuerza en distinguir entre el reino de la razón y el de la fe. Las verdades que pueden demostrarse con la razón nunca contradicen las verdades de la fe, de la misma manera que las verdades de la fe, descubiertas por la revelación, están siempre de acuerdo con las verdades alcanzadas con la razón. Por suerte, la mayor parte de la *Summa contra gentiles* está dedicada a esto último, y solo cuando sus argumentos de razón llegan a su conclusión muestra Tomás de Aquino cómo están de acuerdo con las verdades de la fe.

La clasificación de la razón que hace Tomás de Aquino desbroza sutilmente el camino para la investigación científica independiente, con el uso de los métodos de Aristóteles, a la vez que acentúa el hecho de que las conclusiones de tales investigaciones tienen que estar de acuerdo con los dogmas de fe. Da la apariencia de un reparto equitativo entre razón y fe, pero esta igualdad es ilusoria. Hacía ya mucho tiempo que la iglesia se había comido la ciencia, tragando a la vez todo Aristóteles (o, al menos, los huesos filosóficos que habían sobrevivido a la Alta Edad Media en la Europa occidental). La ciencia de Aristóteles era ya una parte de la fe; el mundo estaba compuesto de tierra, aire, fuego y agua; la tierra era el centro del universo; un objeto pesado cae al suelo antes que un objeto ligero. Aristóteles había escrito que esto era verdad y, por lo tanto, lo era (aún cuando cualquiera que deje caer un libro y una pluma al mismo tiempo puede inmediatamente verificar lo contrario).

La dificultad principal para la argumentación de Tomás de Aquino se presentaba cuando la

razón se aplicaba a la misma ciencia que había producido, pues aquí la razón y la fe sí entraban en conflicto. Esta dificultad fue barrida momentáneamente bajo la alfombra, donde quedó tres siglos, hasta la llegada de Copérnico y Galileo. (Copérnico usó la razón matemática para demostrar que los planetas giran alrededor del Sol. La confianza de Galileo en el método experimental puede verse como una extensión de la razón en la esfera práctica. Aristóteles habría, con seguridad, reconocido ambos como desarrollos de la lógica que él había inventado; Aristóteles nunca intentó que su ciencia fuera estática, sino que la vio, con justicia, como un proceso continuo de investigación. Solo el método era permanente.)

Con solo que la iglesia hubiera distinguido el método de Aristóteles (razón, lógica, categorización) de sus descubrimientos, el conflicto con la ciencia nunca habría surgido; los hallazgos científicos de Aristóteles habrían sido una necesaria limitación de su época, como su forma de vestir, o su inevitable carácter pagano. La mejor ilus-

tración de esto es un conflicto que *no* surgió; Aristóteles apenas se refiere a la práctica comercial, de modo que el nacimiento de la banca, que tuvo lugar por ese tiempo, no infringía ningún artículo de fe (salvo el edicto bíblico sobre la usura, que era sorteado cínicamente). Aristóteles no se había pronunciado acerca de la contabilidad por partida doble o las tasas de interés en los préstamos y, como resultado, la «ciencia del dinero» pudo desarrollarse sin cortapisas, para inmenso beneficio de la civilización europea (y de los banqueros, naturalmente).

Pero volvamos a la *Summa contra gentiles*. Una vez que había abierto camino a la razón, Tomás de Aquino se propuso una tarea fundamental: probar la existencia de Dios. Actualmente consideramos que esta es una de las cosas que la razón *no puede* probar. La existencia de Dios es evidente en sí misma, un asunto de fe; o bien estimamos que es un cuento de hadas. Por muy imponentes y razonables que sean los argumentos, tanto a favor como en contra, nos parecen irrelevantes. En otras palabras, hoy pen-

samos que cosas como la existencia de Dios o la inmortalidad del alma caen en el reino de lo revelado. Lo que es filosóficamente importante es la distinción que hace Tomás de Aquino entre estas dos categorías (razón, revelación), no su errónea aplicación. Como hemos visto, algo notablemente similar a estas categorías permanece todavía en la filosofía moderna, cuando Wittgenstein sostiene: «Sobre lo que no se puede hablar, se debe callar». O, puesto de otro modo: toda verdad última, si es que hay tal cosa, está más allá de toda prueba y ni siquiera podemos hablar de ella.

Es útil adoptar una actitud parecida al considerar las pruebas de la existencia de Dios de Tomás de Aquino; lo interesante no es tanto las conclusiones de su argumentación cuanto los argumentos mismos, la forma de esos argumentos.

Los que se atienen a lo literal tienen todo el derecho de ser suspicaces en este punto, pues tal actitud puede ser muy peligrosa. (La forma de la argumentación usada por un racista o

por el que cree que la tierra es plana puede ser superior a la adoptada por nosotros, globalistas y cosmopolitas, pero esto no hace menos absurdas sus conclusiones.) Las pruebas de la existencia de Dios han pasado de moda, pero su forma permanece entre nosotros. De hecho, como veremos, los científicos contemporáneos usan tal forma para explicar la existencia del universo.

Curiosamente, Tomás de Aquino comienza por rechazar la que muchos consideran la prueba más contundente de la existencia de Dios, esto es, el argumento ontológico, formulado un siglo antes por san Anselmo.

El creador del argumento ontológico fue san Anselmo, un monje italiano que llegó a Arzobispo de Canterbury durante el reinado de Guillermo Rufo y que peleó con el rey por algún asunto de tapas de cálices y fue exiliado; Enrique I lo reclamó más tarde, pero ellos también riñeron y Anselmo fue al exilio otra vez. Se le daban bastante bien los argumentos, obviamente, pero el argumento ontológico fue con mucho el mejor.

Simplemente expuesto, comienza por un aserto con el que muchos estarían de acuerdo (aun no creyendo en Dios); dice que la idea de Dios es la más grande que podemos concebir; según Anselmo, si esta idea no existiera en la realidad, debería haber otra exactamente igual, pero más grande, que incluyera el atributo de existencia. Por lo tanto, la más grande de todas las ideas debe existir, pues de otro modo una idea aún más grande sería posible y, por consiguiente, Dios existe.

Tomás de Aquino rechazó este argumento basado en que nosotros, en la tierra, podemos solo tener una concepción vaga de los atributos de Dios; no podemos nunca conocer todos perfectamente. Por lo tanto, no podemos *probar* si incluyen o no la existencia.

A pesar del rechazo de Tomás de Aquino, el argumento ontológico mantuvo un largo y fascinante prestigio intelectual; fue tomado por Descartes cuatro siglos más tarde y adoptado con variantes por Spinoza y por Leibniz; Kant estuvo de acuerdo con Tomás de Aquino y pensó

haberlo destruido de una vez por todas, pero algo muy similar emerge otra vez en la filosofía de Hegel. Los argumentos sobre la existencia de Dios pueden parecer hoy redundantes, pero sirvieron como elemento de continuidad en la filosofía hasta mucho después de haberse liberado de la camisa de fuerza de la teología (tan hábilmente cortada por Tomás de Aquino) y, aunque el argumento ontológico ha pasado de moda en filosofía, ha regresado recientemente de manera sorprendente en el reino de la ciencia. Algunos cosmólogos lo están usando para explicar cómo comenzó el universo. Dicen lo siguiente: Nada existía antes del *big bang*. Todo era la nada, desprovista del atributo de la existencia, pero este «todo», para llegar a ser realmente todo, *tenía que* asumir la existencia; se viste esta necesidad con términos casi científicos, pero su lógica es a todas luces medieval.

Este inesperado revivir no fue el único. Nada menos que Stephen Hawking emplea un argumento muy similar en su libro de gran venta *Historia del tiempo,* en el que discute si seremos

capaces algún día de producir una teoría unificada (una con las explicaciones últimas de cómo funciona el universo, o sea, una teoría del todo). Hawking se pregunta «¿Es la teoría unificada tan terminante que trae consigo su propia existencia?». Parece coincidir con el argumento ontológico al sugerir que sí.

Como hemos visto, Tomás de Aquino no habría prestado la menor atención a explicaciones del tipo del *big bang* o de la teoría del todo; tenía sus propias ideas sobre los intentos de explicar cuándo comenzó y cómo funciona el mundo y estaban encapsuladas en la prueba de la existencia de Dios que expone en la *Summa contra gentiles;* es esencialmente una reformulación del argumento de Aristóteles del primer motor. Tomás de Aquino afirma que «todo lo que se mueve es movido por otras cosa». Esta cadena de causas y efectos puede seguirse en una serie regresiva, pero tal serie no puede ser infinita, así que finalmente se llega al primer motor, él mismo inmóvil. En palabras de Tomás de Aquino: «Todos entienden que este es Dios». Con-

viene, sin embargo, señalar que el argumento de Aristóteles del primer motor, concebido en el siglo IV a.C., no podía conducir a la idea cristiana de Dios y ni siquiera condujo a Aristóteles al precursor Dios judaico del Antiguo Testamento; de hecho, le llevó a la muy distinta idea de los antiguos griegos de la deidad, con varias docenas de dioses *diferentes,* cuya conducta licenciosa estaba muy lejos de la moral cristiana. (En esto, Aristóteles se inclinó ante los prejuicios de sus contemporáneos; en otras ocasiones, parece haber visto a Dios como una suerte de intelecto, o espíritu, supremo. Todo lo cual viene a mostrar que, incluso aceptando el argumento del primer motor, solo se prueba la existencia de cualquier clase de deidad, desde el dios de las matemáticas hasta el pequeño tañedor de flauta, de patas de cabra, que corre detrás de las ninfas.)

El argumento del primer motor de Tomás de Aquino tiene algún peso en un universo mecanicista, aunque su conclusión no sea convincente para un científico. (Supongamos que el *big bang*

fue causado por una partícula infinitamente comprimida; ¿por qué habríamos de ver en ella a Dios?) Además, el argumento se cae en un universo matemático, en el que sí hay series infinitas; esta series no eran desconocidas en tiempos de Tomás de Aquino, al igual que los numeros irracionales, como el número π, mencionados por Euclides, cuyas obras recientemente traducidas habían incitado al amor medieval por la geometría.

Los análisis expuestos pueden paracer injustos. ¿Cómo podía Tomás de Aquino tener presente la noción de *big bang,* que fue concebida en el siglo XX? y ¿por qué no había de considerar sin importancia a los números irracionales, siendo como eran las matemáticas una tarea abstracta, que no era parte del particular mundo de causa y efecto?

La filosofía de Tomás de Aquino es, en otros aspectos, muy realista. Al igual que Aristóteles, se inclinaba por una actitud empírica: el conocimiento deriva básicamente de la experiencia. Los métodos de Tomás de Aquino fueron des-

critos por el teatral escritor católico de comienzos del siglo XX, G. K. Chesterton, como «sentido común organizado». Esto es, claro está, absurdo, pero no tanto si miramos a Tomás de Aquino a la luz de su tiempo. En el siglo XIII, muchas ideas aristotélicas habían sido aceptadas ya por tanto tiempo que eran parte del sentido común. Era de «sentido común» que el Sol girara alrededor de la Tierra, por ejemplo. Otras ideas aristotélicas aún menos plausibles es comprensible que resultaran absolutamente convincentes en su tiempo.

Por ejemplo, era de «sentido común» que el mundo consistiera en tierra, aire, fuego y agua. Esto es, naturalmente, una tontería que ni la experiencia ni los experimentos avalan. Es pura conjetura; pero tiene una fuerza mucho mayor si se observa que Aristóteles y los hombres del medievo veían el mundo desde un punto de vista cualitativo y así se podía fácilmente ver el mundo como una mezcla de cualidades. Después de todo, nuestra auténtica experiencia del mundo por los sentidos es básicamenete cuali-

tativa. Dulce, amargo, caliente, frío, brillante... Tierra, aire, fuego y agua son meramente deducciones que parten de esas premisas.

Así era la visión del mundo que Tomás de Aquino tomó de Aristóteles, el paradigma, o esquema mental característico de la filosofía medieval; sus limitaciones resultan obvias solo cuando lo comparamos con el esquema actual, que es esencialmente *cuantitativo*. Preferimos ver en términos de medida, en lugar de cualidades. (Esta es la razón por la cual la matemática medieval era fundamentalmente abstracta mientras que la nuestra describe todo, desde las partículas subatómicas hasta los más lejanos confines del universo.)

Los procedimientos cuantitativos tienen su origen también en la antigua Grecia; Demócrito decía que el mundo estaba compuesto de átomos indivisibles; Arquímedes aplicó la matemática a problemas prácticos tales como palancas, poleas y la hidrostática; pero estos métodos fueron desechados por la tradición aristotélica; su readopción en tiempos del Renacimiento

marca el comienzo de la ciencia moderna; pero conviene reiterar que este no es el único método. El esquema mental medieval resulta pintoresco en nuestro mundo de física cuántica y agujeros negros, pero nuestro método no está libre de fallos, algunos de los cuales no aparecían en el paradigma medieval. Las fórmulas de la física explican cómo se presenta el arco iris y hasta sus colores, pero no es capaz de dar cuenta de su cualidad, de la belleza que es su más inmediata propiedad. Los científicos modernos no ignoran esta deficiencia. Nada menos que el gran físico cuántico Richard Feynman dijo en una ocasión: «La piedra de toque de la ciencia es su capacidad de predecir. De no haber visitado la tierra, ¿podría uno predecir las tormentas, los volcanes, las olas de los océanos, las auroras y el colorido del atardecer?... Es posible que la próxima gran época de despertar del intelecto humano produzca un método para entender el contenido cualitativo de las ecuaciones... Hoy no sabemos distinguir si una ecuación de "la mecánica cuántica" contiene

ranas, compositores o moral, o si nada en absoluto». Así pues, «la próxima gran era del conocimiento humano» ¡podría incorporar el pensamiento medieval!

Tomás de Aquino siguió trabajando en la *Summa contra gentiles* durante varios años, pero fue nombrado consejero de la curia antes de poder terminar su gran obra; regresó en 1259 a Italia para encargarse de su puesto en Anagni, situado en unas colinas a unos 50 kilómetros al sur de Roma, donde el papa Alejandro IV había establecido su corte, por ser su pueblo natal. Las calles de Roma estaban infestadas de carteristas, ladrones y asaltantes que asediaban a los inocentes turistas y paseantes, aunque, a diferencia con la actualidad, también asaltaban a los papas.

El papa Alejandro IV, cuyo verdadero nombre era Rinaldo, venía de una conocida familia papal. (Su tío había sido el papa Gregorio IX.) Alejandro IV es, sobre todo, recordado por su fomento entusiasta de la Inquisición en Francia y sus intentos, persistentemente sin éxito, de pro-

mover una cruzada contra los mongoles. (Por alguna desconocida razón, a nadie le atraía atravesar cientos de millas de yerma estepa para hurgar en un avispero, y se dejó tranquilos a los descendientes de Genghis Khan.) Alejandro estaba tan ocupado con todo esto que olvidó designar cardenales, así que solo quedaban ocho cuando murió en 1261, dos años después de la llegada de Tomás de Aquino. Estos ancianos cardenales fueron convocados a cónclave para elegir nuevo papa, pero no se ponían de acuerdo sobre quién obtendría el empleo, así que se lo dieron finalmente al patriarca de Jerusalén, que por casualidad se encontraba entre ellos en visita desde Tierra Santa; este era un francés llamado Pantaleón, por lo que decidió, sabiamente, tomar el nombre de Urbano IV. De este modo, Tomás de Aquino se encontró sirviendo a un nuevo papa, que empezó su reinado en Orvieto, para desplazarse después a Perugia, por temor a ser envenenado.

Durante este periodo de Tomás de Aquino en la curia, completó la *Summa contra gentiles,* es-

cribió comentarios a los Evangelios, compuso bellos himnos que demuestran su habilidad como poeta y redactó comentarios a las obras de Aristóteles, sermones, textos, y un tratado donde señalaba los errores de la filosofía griega. La mera cantidad de las obras de Tomás de Aquino es tan voluminosa como la de cualquier otro filósofo importante, antes y después de él, pero el uso que hizo de secretarios hace su estilo a veces pedestre; se dice de él que era capaz de dictar a cuatro secretarios a la vez, si bien esta habilidad puede no ser la hazaña de rapidez intelectual que parece a primera vista, teniendo en cuenta que es el tiempo de las plumas de ave, de la complicada ortografía italiana y de secretarios clérigos de ritmo medieval en el trabajo de oficina.

Tomás de Aquino ocupó gran parte de su tiempo en la curia en diseños preliminares para la unión de la iglesia católica de Roma con la iglesia bizantina de Constantinopla, un proyecto querido por muchos papas. Tuvieron lugar intrincadas negociaciones, se puso sordina a con-

cesiones, se redactaron documentos detallados y en alguna ocasión hubo reuniones de ambas partes, pero todo con parvo resultado. Los católicos estaban demasiado alejados de los bizantinos y los bizantinos seguían siendo incorregiblemente bizantinos.

Tomás de Aquino no fue el único filósofo que ha desempeñado un papel principal en los intentos de unir la cristiandad. El filósofo alemán Leibniz, en el siglo XVII, tomó parte en un movimiento, igualmente destinado al fracaso, que trataba de unificar las iglesias católica romana y protestante. (Para entonces, hacía mucho tiempo que Bizancio había sido invadida por los turcos.) Tomás de Aquino desempeñó un papel importante en los asuntos prácticos de su época, algo inusual entre los grandes filósofos, y todavía más raro en cuanto que fue tomado en serio por sus semejantes; los planes de Libniz fueron el trabajo altamente refinado de un genio, demasiado sutiles para ser considerados seriamente.

Tomás de Aquino adoptó el punto de vista aristotélico respecto de la política, esto es, el de

un pragmatismo con alguna posibilidad de funcionamiento. El primer criterio de Aristóteles al redactar una constitución para una ciudad-estado era el de si se podía poner en práctica, y solo entonces intentaba incorporar los mejores aspectos de las constituciones de otras ciudades-estado. Tomás de Aquino diseñó en varias ocasiones una serie de hábiles componendas entre las prácticas de la iglesia occidental y la oriental, pero las negociaciones resultaban impedidas por la profunda antipatía que sentían las partes interesadas por los primeros principios de la política, tal como los entendían Tomás de Aquino y Aristóteles (y muy pocos filósofos de la política antes y después). Todos los intentos de Tomás de Aquino de hacerlos pasar subrepticiamente en las negociaciones fracasaron.

La práctica política de Tomás de Aquino era innegablemente práctica, tan innegablemente teórica como resultaba su teoría política; para Tomás de Aquino, el estado era la sociedad perfecta, aunque el estado no debía ser demasiado opresor, pues el correcto fin moral del hombre

en esta vida es la felicidad; puede resultar vago, pero al menos está anclado en el sentido común aristotélico y es bastante operativo como principio general; por desgracia, Tomás de Aquino era demasiado intelectual para dejar pasar esta vaguedad e introdujo un elemento del pensamiento de Aristóteles cuya débil relación con el sentido común en la antigua Grecia se había desgastado con los siglos. Uno de los dogmas de la metafísica de Aristóteles es que la parte se ajusta al todo de la misma manera que lo imperfecto se adecúa a lo perfecto; así, al ser el individuo una parte de la sociedad perfecta, la ley debe ocuparse de la felicidad humana (puesto que en una sociedad perfecta todos deberíamos ser felices). Esta idea merece que nos detengamos pues sus pasos y sus implicaciones son admirablemente sutiles, pero cuando todo ha sido hecho y dicho, no introduce ningún nuevo elemento de claridad en la vaguedad original que trataba de resolver.

Por suerte, nunca se aplicaron mal a la realidad las habilidades de Tomás de Aquino como

teórico de la política. Su destreza como operador político, sin embargo, fue muy apreciada y frecuentemente solicitada. A finales de 1268, Tomás de Aquino fue despachado a toda prisa a París, donde la universidad se hallaba de nuevo enredada en la antigua controversia entre los dominicos y las autoridades universitarias. Simultáneamente, algunas traducciones recientes de los comentarios de Averroes sobre Aristóteles estaban desembocando en un radicalismo peligroso. A Tomás de Aquino le tocaba la difícil tarea de defender a los dominicos, a la vez que defendía su fe en Aristóteles de los ataques que le venían por todas partes. Los tradicionalistas consideraban que los recientes desarrollos estaban comprometiendo creencias ortodoxas y poniendo en cuestión toda la interpretación cristiana de Aristóteles. Los averroístas (como se llamaba a los radicales) se habían agarrado una vez más a la vieja división entre razón y fe; según ellos, representaban dos formas de conocimiento enteramente diferentes, esto es, el conocimiento religioso iba por un lado y el cien-

tífico, por otro, de modo que el conocimiento por la fe y el obtenido por la razón eran absolutamente independientes y podían incluso contradecirse. Esta división revolucionaria (que todavía subyace bajo la superficie en el pensamiento actual) fue mirado como una amenaza directa a la dictadura intelectual de la iglesia.

Tomás de Aquino persistió en sus defensa de la teología como «ciencia de razón», basada en principios religiosos revelados, pero el hecho de que sancionara la autonomía de la razón, aún dentro de los límites de la fe, hizo que muchos tradicionalistas le condenaran junto con los averroístas.

Además, Tomás de Aquino tenía otra tarea difícil en su defensa de los dominicos; en gran medida, muchas de las causas de estas peleas eran políticas, más que puramente intelectuales, pero Tomás de Aquino contaba por suerte con poderosos aliados, uno de ellos nada menos que Luis IX, rey de Francia.

Luis IX era en muchos aspectos un ejemplo de monarca medieval; confuso, bien intencio-

nado, gobernó Francia durante más de 40 años. Gustaba de la compañía intelectual: el fundador de la Sorbona era buen amigo suyo y solía sentar a su mesa a clérigos brillantes, tales como Tomás de Aquino. Luis adquirió renombre en Europa por su conducta diplomática sin precedente. Guardaba su palabra, y hasta respetaba los tratados que había firmado, costumbres raras tanto en el siglo XIII como en el XX. Luis era también un compulsivo constructor de iglesias, la más famosa de entre ellas la Sainte-Chapelle de París, que construyó para acomodo de una reliquia extremadamente rara que le dio Balduino, emperador de Bizancio (la corona de espinas de Cristo, de la que había entonces tan solo tres ejemplares auténticos).

Pero a Luis se le recuerda sobre todo por sus cruzadas. En 1248 emprendió la sexta; todo fue bien hasta 1250, cuando Luis fue derrotado y capturado en El Mansurá, en Egipto; quedó prisionero cuatro años en Siria, mientras se hacían las negociaciones usuales en Oriente Medio para la liberación de rehenes. Se acordó finalmente

la libertad de Luis a cambio de una colosal suma de dinero (nada menos que el rescate de un rey) y la devolución de todo el territorio ganado en la cruzada.

Después de esto, muchos pensaban que ya habían pasado los tiempos de las cruzadas de Luis, pero en pocos años se puso con empeño a preparar otra y marchó a Tierra Santa otra vez, en 1270, con tan mala suerte que, a poco de embarcar en Francia, cogió unas fiebres y tuvo que ser llevado a tierra en Túnez, donde murió. Fue canonizado 27 años más tarde y hoy día es famoso por Missouri y los «blues».

Luis profesaba un gran respeto por Tomás de Aquino. Una de las escasas anécdotas verosímiles acerca de Tomás de Aquino relata lo sucedido en un banquete ceremonial dado por el rey. Cuando el rey estaba hablando, fue interrumpido bruscamente por uno de sus huéspedes que daba un sonoro golpe en la mesa; un silencio se extendió por toda la sala y todos volvieron la vista al clérigo, grande y barrigón, responsable, aparentemente inconsciente de la alarma que

había provocado. Sumido en sus pensamientos, Tomás de Aquino musitó para sí: «¡Lo tengo!».

El rey, poco acostumbrado a ser interrumpido de esa manera, se inclinó sobre la mesa y pidió una explicación. Tomás de Aquino se recompuso y mirándole, dijo: «Lo siento, majestad, pero acabo de encontrar la refutación al maniqueísmo».

Luis quedó tan impresionado por el grosero clérigo que parecía estar en otro mundo, que, en lugar de recriminarle, le ordenó que continuara con sus meditaciones y ordenó que un secretario copiara su refutación del maniqueísmo. Esta herejía casi cristiana, que databa del siglo III, creía que el mundo es producto del conflicto entre Dios y el mal, o entre la luz y la oscuridad. El alma humana consistía en luz atrapada en la oscuridad, de la que debe buscar liberarse. La profunda sencillez y coherencia de esta doctrina dualista, que recordaba cultos mediterráneos precristianos, hicieron que el maniqueísmo prevaleciera en todo el Mediterráneo, desde los primeros tiempos cristianos

hasta bien entrada la era medieval. (San Agustín, en el siglo IV, fue maniqueo antes de su conversión.)

Tomás de Aquino refutó el maniqueísmo negando su dualismo. El mal no existe como entidad positiva, es meramente la falta de bien correctamente entendido. Incluso cuando cometemos los actos más malvados, tenemos en nuestra mente el bien (aunque solo sea el nuestro). La psicología encerrada en esto parece irrefutable; el criminal ve la muerte de su víctima como un bien; hasta el torturador se cree obligado porque considera que es mejor actuar así. El hecho de que nuestra visión del bien está equivocada es lo que lo convierte en mal. A pesar de haber sido derrotado intelectualmente por Tomás de Aquino y, en la realidad, por oponentes menos intelectuales (la masacre de los albigenses, etc.), el maniqueísmo persistió hasta el siglo XV y, probablemente, hasta después. De hecho, la evidencia histórica recientemente descubierta sugiere que puede incluso haber sido disimuladamente im-

portada al Nuevo Mundo por los primeros colonizadores.

Pero Tomás de Aquino tenía algo más que hacer que refutar herejías en banquetes. Se le había enviado en una misión. Como parte de su campaña para defender a los dominicos y resistir las incursiones de los violentos averroístas en terrenos del aristotelismo, Tomás de Aquino escribió un tratado: *De pestifera doctrina retrahentium homines a religionis ingressa* (que podría traducirse libremente por: *Todo acerca de la pestilente doctrina propuesta por retrógrados que desean retrotraernos a la Alta Edad Media*). Tal vez como resultado de este título tan pegadizo, el tratado se convirtió en un éxito de ventas por todo el barrio Latino y Tomás de Aquino se cubrió de gloria.

En 1272 regresó Tomás de Aquino a Italia para encargarse de un puesto como profesor en su alma mater de Nápoles y continuar su trabajo en su segunda *opus magnum,* la *Summa Theologica,* en un intento de juntar todos los elementos separados de su obra en un sistema fi-

losófico comprehensivo. Quería que el sistema incluyera toda la doctrina moral, intelectual y teológica de la iglesia católica. Aunque esta obra quedó incompleta a su muerte es, todavía hoy, considerada como la exposición mejor y más completa de la mente medieval. Lástima que esto no sea una gran hazaña, a los ojos modernos. La obra maestra de Tomás de Aquino no atrae apenas atención hoy, salvo para los católicos, que deben estudiarla, puesto que contiene la verdad acerca de la filosofía.

El tono del libro queda ya fijado al dar Tomás de Aquino nada menos que cinco pruebas de la existencia de Dios. (El lector moderno se pregunta por qué, si una no basta, cuatro más lo harán mejor.) Otros tópicos que no contribuirán a dar a la obra la menor oportunidad de estar en la lista de libros más vendidos son del tipo: «cómo será el mundo después del juicio final», «sobre si la debilidad, la ignorancia, la malicia y la lujuria son el resultado del pecado», «si el movimiento de los cuerpos celestes cesará después del Día del Juicio». Se hace difícil creer

que, incluso en la época medieval, la gente se entusiasmara con temas de este estilo, acompañados como eran, además, de copiosas disertaciones de Tomás de Aquino sobre sus pros y sus contras, con amplias citas del «filósofo» (Aristóteles) y otras autoridades muertas hacía mucho tiempo. Pero sería erróneo pensar así. Durante aquel periodo, había un gran número de monasterios dispersos a lo largo y ancho de Europa, algunos en lugares muy remotos. Dentro de los confines de estas instituciones, donde supuestamente reinaba el celibato y la sobriedad, las órdenes menores se encargaban de coger nabos y probar la cerveza, y dejaban a los intelectuales el combate contra una enfermedad que alcanzó proporciones epidémicas en la Europa monástica, la *accidia,* conocida como «enfermedad de los monjes», y para nosotros, más claramente, como apatía o pereza entontecedora. En tales circunstancias, las largas y serias discusiones de Tomás de Aquino sobre «si el cuerpo es gobernado por el alma en los animales irracionales», «la condición del cuerpo y

la identidad de los resucitados», y «si debemos amar nuestro cuerpo por caridad» han debido ser temas muy atractivos.

Afortunadamente, Tomás de Aquino estaba interesado en algo más que en competir con el Talmud desde el cristianismo. En medio de toda la minuciosidad rabínica hay pasajes que revelan una gran mente, que piensa muy por delante de su tiempo. Tomemos, por ejemplo, la discusión de Tomás de Aquino sobre si el dolor o la pena son mitigados por cualquier placer. Comienza citando al «filósofo»: «La pena es desplazada por el placer, tanto por el placer contrario como por cualquier otro, siempre que este sea intenso». Tomás de Aquino arguye entonces: «El placer es una especie de reposo del apetito en un bien adecuado, mientras que la pena nace de algo inadecuado al apetito». Y concluye, en un párrafo cuyo anticuado estilo no debiera impedir el percibir su profundidad: «Una persona puede encontrarse llena de tristeza cuando toma parte en una actividad placentera que acostumbraba compartir con un amigo ausente o muerto. En

tales circunstancias, hay dos causas dentro de él que producen efectos contrarios. El pensamiento de la ausencia del amigo le llena de pesar y, por otro lado, la actividad placentera le produce gozo. Cada una de estas causas modifica en cierto modo la otra, pero la percepción del presente es más fuerte que nuestro recuerdo del pasado. Además, el amor a nosotros mismos es más persistente que el amor al prójimo, de modo que, finalmente, nuestro placer desplaza nuestra pena».

Aquí revela Tomás de Aquino su perspicacia psicológica, permaneciendo a la vez, milagrosamente, dentro de una posición religiosa ortodoxa, que concuerda también con su filosofía aristotélica. Ya el escribir psicología penetrante es bastante difícil, particularmente con el lenguaje de la era prepsicológica, pero escribir psicología que sea, a la vez, teología y filosofía es un juego malabar intelectual de la más alta especie.

Esto nos conduce a la filosofía moral de Tomás de Aquino. Otra vez más vuelve a adoptar el punto de vista aristotélico del sentido común.

Aristóteles y Tomás de Aquino veían en la felicidad humana el propósito de todos en esta vida; navegar por la vida con esta actitud puede llevar peligrosamente cerca de los arrecifes de la heterodoxia, e incluso de la herejía, aunque Tomás de Aquino tuvo suficiente habilidad y perspicacia psicológica para disfrazar este incómodo principio. El objetivo de la filosofía moral era el de dibujar cómo podía alcanzarse esa felicidad de manera moral, lo mismo para el individuo que para la familia y la sociedad. La felicidad, decía Tomás de Aquino, se logra siguiendo la «ley natural», que la razón es capaz de descubrir; si se rechaza la ley natural, la conducta inmoral será irracional y contra natura. Como ya hemos visto, la conducta no racional se adopta por motivos egoístas, cuando se tiene una idea equivocada, o miope, de la felicidad (ejemplos son el crimen, la codicia o la pereza).

Tomás de Aquino establece cuatro virtudes cardinales que nos ayudan a alcanzar el bien moral, que son prudencia, justicia, fortaleza y templanza; entre ellas, la virtud más importante es

la prudencia. A los ojos modernos puede parecer este concepto algo vago, o remilgado: la parte, en la acción, de discernimiento discreto. La palabra latina que usa Tomás de Aquino es *prudentia,* un concepto más fuerte, con connotaciones de sabiduría, previsión y habilidad (social e intelectual). Pero sigue siendo algo vago como norma. Tomás de Aquino parece querer decir que debiéramos cultivar en nosotros mismos una percepción adecuada que nos permita quedar del lado del bien moral. A nosotros se nos asemeja a poco más que un mero «ponte del lado del ganador» (éticamente hablando, se entiende). Pero vivimos en tiempos inciertos, en los que la pista ética tiene muchos corredores, mientras que en tiempos de Tomás de Aquino había una carrera con un solo caballo: la iglesia era el ganador invariable. La vaguedad del concepto de prudencia le permitía a la iglesia pequeños cambios en su posición sobre asuntos de moral.

Tomás de Aquino siguió, durante más de un año, dando sus cursos en la Universidad de Nápoles, trabajando en su *Summa Theologica* y,

hasta el exceso, en su acostumbrada y prolífica producción de tratados, comentarios, sermones, obras de exégesis y similares. Entonces, en el otoño de 1273, cuando trabajaba ya de madrugada en su celda, tuvo una experiencia mística en la que se le reveló una visión de la verdad y del gozo de la vida perdurable, tras la cual cesó de escribir, se hizo más solitario y llegó a decir que todos sus razonamientos intelectuales no eran sino «briznas al viento». Enfermó a la venida del invierno; aunque solo contaba 50 años de edad, años de excesivo trabajo y descuidada vida frugal habían cobrado su tributo, a pesar de su robusta contextura. A Tomás de Aquino solo le quedaban unos pocos meses de vida.

El día de Año Nuevo le llegó una orden del papa León para que acudiera al Segundo Concilio de Lyon, que había sido convocado en un nuevo intento por curar el cisma doctrinal entre las iglesias bizantina y romana. Se necesitaba la presencia de Tomás de Aquino para elucidar los puntos más delicados, de forma que fuera posi-

ble superar, al menos en lo teorético, sus irreconciliables diferencias.

Sin ocuparse de su dolencia, Tomás de Aquino se dispuso a un viaje de casi 1.000 kilómetros, viaje que nunca habría de completar. Ya apenas era consciente de su entorno, pero, al marchar hacia el norte por el camino de Nápoles, reconoció, confuso, el paisaje alrededor de Aquino. Sobre la colina, tras el valle, encima del pueblo de Roccasecca, distinguió la silueta del castillo donde había nacido en 1225.

Epílogo

La filosofía de santo Tomás de Aquino, bajo el nombre de tomismo, fue rápidamente adoptada en su totalidad por la iglesia. Se consultaban sus obras en problemas de doctrina y su filosofía llegó a ser la última autoridad intelectual. (El papa, naturalmente, seguía siendo la máxima autoridad real, pero sus decisiones acostumbraban a tener escaso contenido intelectual.)

Esto tuvo un efecto asfixiante sobre el pensamiento filosófico, que se vio reducido a mera sofistería sobre lo que Aristóteles y Tomás de Aquino habían querido decir realmente. Comentarios y exégesis se pusieron a la orden del

día y la filosofía original quedó más muerta que una piedra. (Puede argüirse que esto había sido así desde la muerte de san Agustín, casi 800 años *antes* de que Tomás de Aquino entrara en escena.)

Este panorama continuó después de la muerte de Tomás de Aquino durante los dos siglos restantes de la era medieval y, sorprendentemente, persistió durante el Renacimiento, cuando los esquemas mentales de la civilización europea cambiaron radicalmente. La tierra y la iglesia católica romana fueron desalojados del centro del universo. La ciencia y el humanismo imperantes inspiraron una seguridad intelectual que permitió a los europeos circunnavegar el globo y redibujar el mapa del cielo. Sin embargo, la filosofía quedaba sin tocar, el tomismo seguía enseñándose en las universidades y el mundo especulativo permaneció atrapado en un aristotélico pliegue del tiempo de 2.000 años.

Hubo que esperar al siglo XVII para que aparecieran las primeras grietas en esta vasta estructura gótica, sobre la que se había derrocha-

do más trabajo comunitario e ingenio gargolesco que en cualquier obra humana antes o después. Entonces, en 1637, publicó Descartes su *Discurso del método,* en el que se cuestionaban todas las certidumbres acerca del mundo anteriormente aceptadas y se llegaba a una roca sobre la cual basar todo el pensamiento; esta fue su famoso dictum *«cogito ergo sum»* («pienso, luego existo»). Había comenzado la filosofía moderna y las telarañas de Aristóteles y el tomismo fueron barridas para siempre.

do más trabajo comunitario e ingenio gargolesco que en cualquier obra humana antes o después. Entonces, en 1637, publicó Descartes su *Discurso del método,* en el que se cuestionaban todas las certidumbres acerca del mundo anteriormente aceptadas y se llegaba a una roca sobre la cual basar todo el pensamiento; esta fue su famoso dictum *«cogito ergo sum»* («pienso, luego existo»). Había comenzado la filosofía moderna y las telarañas de Aristóteles y el tomismo fueron barridas para siempre.



De los escritos de Tomás de Aquino

La famosa prueba de la existencia de Dios como «primer motor»:

Todo lo que se mueve en la naturaleza debe ser movido por otra cosa. Igualmente, esta otra cosa, en cuanto está también en movimiento, debe asimismo ser movida por otra. Pero esta cadena de acontecimientos no puede seguir por siempre, pues si así fuera no podría haber primer motor y, por tanto, otro motor. Pues segundos motores no se pueden mover a menos que haya un primer motor, del mismo modo que un palo no puede mover nada a menos que sea movido

por la mano; de tal manera que tenemos que llegar a un primer motor que no es movido por nada. Y todos entienden que este es Dios.

Summa Theologica

La base de la refutación de Aquino del argumento ontológico:

No podremos saber nunca qué es Dios, solo lo que Él no es. Por lo tanto, debemos reflexionar más sobre los modos en que Él no es que en los que Él es.

Summa Theologica

Un ejemplo de cómo la confianza de Tomás de Aquino en Arisóteles, tan admirable en principio, es tan poco práctica en su aplicación:

Como enseña Aristóteles, debemos proceder de la manera siguiente cuando estudiamos una clase particular de cosas. Primero tenemos que

intentar descubrir las cualidades que todos los miembros de esa clase tienen en común. Solo entonces deberemos estudiar las cualidades especiales de los diferentes individuos dentro de ella... Hay una clase de cosas que incluye todas las criaturas vivientes. Así, el mejor modo de estudiar los miembros de esta clase es descubrir primero qué cualidades tienen en común, y solo después qué cualidades especiales poseen los diferentes miembros.

Hay una cosa en común a todas las criaturas vivientes. Esta es el alma, pues todas las criaturas vivientes poseen una. Por lo tanto, para ampliar el conocimiento acerca de las criaturas vivientes, la mejor manera es proceder al estudio del alma, que está presente en cada una de ellas.

Comentario a *De Anima (Sobre el Alma)*
de Aristóteles

Este modo de ver no es tan risiblemente anticuado como pueda parecer. La cualidad que hacía de los

seres vivientes una cosa distinta era el alma; subsiguientes investigaciones no han sido capacas de localizar esta elusiva entidad, pero no cabe duda de que este concepto refleja una parte de nuestra experiencia. La ciencia se replegó a la noción, más segura empíricamente, de «conciencia». Pero también a esta le ha alcanzado el fuego de la crítica. ¿Qué es, precisamente, la conciencia? El punto de vista cuantitativo tropieza en estos problemas con suma dificultad, problemas que son sin embargo cruciales para la comprensión de nuestra existencia; quizá puedan ser resueltos solamente con la reincorporación del punto de vista cualitativo adoptado por Aristóteles, Tomás de Aquino y la filosofía medieval.

La Divina Comedia *de Dante encierra en sus pensamientos todo el campo del mundo medieval, y nos proporciona un ejemplo del prestigio con que contaban Tomás de Aquino y Aristóteles. Se refiere al antiguo filósofo griego como* il maestro di color che sanno *(el maestro de los que saben). En otro lugar, Tomás de Aquino es nombrado* fiam-

ma benedetta *(la llama de la sabiduría sagrada). Aristóteles fue el más sabio de los hombres, pero solo la palabra de Tomás de Aquino era de inspiración divina.*

El propósito de cada cosa es lo que intenta el creador o motor de tal cosa. Ahora bien, el primer motor o creador del universo es el espíritu o mente. [Aquí Tomás de Aquino toma la noción aristotélica de Dios como mente o intelecto.] Por esta razón, el fin final, o propósito, del universo debe ser el bien del intelecto. Y este es la verdad. Por tanto, la verdad debe ser el propósito final del universo, y el cultivo de la verdad debe ser la principal ocupación de la sabiduría.

Summa contra gentiles: La actividad del sabio



Cronología de fechas filosóficas importantes

Siglo VI a.C.	Comienzos de la filosofía occidental con Tales de Mileto.
Final del siglo VI a.C.	Muerte de Pitágoras.
399 a.C.	Sócrates es condenado a muerte en Atenas.
ca. 387 a.C.	Platón funda en Atenas la Academia, la primera universidad.
335 a.C.	Aristóteles funda en Atenas el Liceo, escuela rival de la Academia.

324 d.C.	El emperador Constantino traslada a Bizancio la capital del Imperio romano.
400 d.C.	San Agustín escribe sus *Confesiones.* La teología cristiana incorpora la filosofía.
410 d.C.	Los visigodos saquean Roma, anunciando así el comienzo de la Edad Media.
529 d.C.	El cierre de la Academia de Atenas por el emperador Justiniano marca el final del pensamiento helénico.
Mitad del siglo XIII	Tomás de Aquino escribe sus comentarios a Aristóteles. Época de la escolástica.
1453	Caída de Bizancio ante los turcos. Fin del Imperio bizantino.

1492	Colón descubre América. Renacimiento en Florencia. Revive el interés por la sabiduría griega.
1543	Copérnico publica *De revolutionibus orbium caelestium (Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes)*, donde prueba matemáticamente que la Tierra gira alrededor del Sol.
1633	Galileo es obligado por la Iglesia a retractarse de la teoría heliocéntrica del universo.
1641	Descartes publica sus *Meditaciones*, inicio de la filosofía moderna.
1677	La muerte de Spinoza hace posible la publicación de su *Ética*.
1687	Newton publica los *Principia* e introduce el concepto de gravedad.

1689	Locke publica su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Comienzo del empirismo.
1710	Berkeley publica *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, conquistando nuevos campos para el empirismo.
1716	Muerte de Leibniz.
1739-1740	Hume publica el *Tratado de la naturaleza humana*, y lleva el empirismo a sus límites lógicos.
1781	Kant, despertado de su «sueño dogmático» por Hume, publica la *Crítica de la razón pura*. Empieza la gran época de la metafísica alemana.
1807	Hegel publica la *Fenomenología del Espíritu:* punto culminante de la metafísica alemana.

1818 Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación*, introduciendo la filosofía hindú en la metafísica alemana.

1889 Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín.

1921 Wittgenstein publica el *Tractatus Logico-Philosophicus*, proclamando la «solución final» a los problemas de la filosofía.

1920s El Círculo de Viena propugna el positivismo lógico.

1927 Heidegger publica *Sein und Zeit (Ser y tiempo)*, anunciando la brecha entre las filosofías analítica y continental.

1943 Sartre publica *L'être et le néant (El ser y la nada)*, adelantando el pen-

samiento de Heidegger y dando un nuevo impulso al existencialismo.

1953 Publicación póstuma de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Esplendor del análisis lingüístico.

Cronología de la vida de Tomás de Aquino

1225	Tomás de Aquino nace en Roccasecca, en el sur de Italia.
1239	Comienza sus estudios en la Universidad de Nápoles.
1244	Entra en la orden mendicante de los monjes dominicos. Secuestrado por sus hermanos poco después, cuando marchaba hacia Roma.
1244-1245	Permanece prisionero de su madre en el castillo de Roccasecca.

1245	Escapa y viaja a París a pie.
1248-1252	Estudia con Alberto Magno en Colonia.
1251	Tomás de Aquino es ordenado en Colonia.
1252-1259	Tomás de Aquino enseña en París, mientras escribe la *Summa contra gentiles.*
1259	Es nombrado consejero en la curia del papa Alejandro IV; abandona París y marcha a Italia.
1266	Comienza la *Summa Theologica*.
1268	Es despachado a París para intervenir en el conflicto entre la universidad y los dominicos y contra el radicalismo de los averroístas.
1272	Vuelve a Italia.

1273	Tiene una experiencia mística y cesa de escribir.
1274	Es convocado por el papa León X al Segundo Concilio de Lión. Cae enfermo y muere en su viaje hacia el norte.
1323	Es canonizado por el papa Juan XXII.
1879	El papa León XIII declara que las obras de santo Tomás de Aquino son la única filosofía verdadera.

Lecturas recomendadas

Tomás de Aquino, *Tratado de la felicidad,* Madrid, BAC.

Tomás de Aquino, *Suma Teológica,* Madrid, BAC, 1960.

Frederick Copleston, *De san Agustín a Escoto (Historia de la filosofía, t. 2),* Barcelona, Ariel, 1994.

Bertrand Russell, *Historia de la filosofía occidental,* Madrid, Espasa-Calpe, 1984.

James Weisheipl, *Tomás de Aquino: vida, obras y doctrina*, EUNSA, 1994.

Paul Strathern, escritor y académico, es uno de los más conocidos divulgadores del panorama editorial internacional. Autor tanto de novelas, biografías y libros de viajes, como de ensayos de divulgación, ha enseñado, como profesor universitario, matemáticas, filosofía y poesía moderna italiana.

TÍTULOS PUBLICADOS EN ESTA SERIE

Aristóteles en 90 minutos
Berkeley en 90 minutos
Confucio en 90 minutos
Derrida en 90 minutos
Descartes en 90 minutos
Foucault en 90 minutos
Hegel en 90 minutos
Hume en 90 minutos
Kant en 90 minutos
Kierkegaard en 90 minutos
Leibniz en 90 minutos
Locke en 90 minutos
Maquiavelo en 90 minutos
Marx en 90 minutos
Nietzsche en 90 minutos
Platón en 90 minutos
Russell en 90 minutos
San Agustín en 90 minutos
Sartre en 90 minutos
Schopenhauer en 90 minutos
Sócrates en 90 minutos
Spinoza en 90 minutos
Tomás de Aquino en 90 minutos
Wittgenstein en 90 minutos

TOMÁS DE AQUINO
EN 90 MINUTOS

Como las grandes catedrales góticas de Europa occidental, las certezas formaban parte esencial de la época medieval. Su monumento intelectual fue la filosofía, en gran medida estática y acumulativa, del escolasticismo, y el maestro por antonomasia de la escolástica fue Tomás de Aquino.

En *Tomás de Aquino en 90 minutos,* Paul Strathern presenta un recuento conciso y experto de la vida e ideas de Tomás de Aquino, y explica su influencia en la lucha del hombre por comprender su existencia en el mundo. El libro incluye una selección de escritos de Tomás de Aquino, una breve lista de lecturas sugeridas, para aquellos que deseen profundizar en su pensamiento, y cronologías que sitúan a Tomás de Aquino en su época y en una sinopsis más amplia de la filosofía.

«90 minutos» es una colección compuesta por breves e iluminadoras introducciones a los más destacados filósofos, científicos y pensadores de todos los tiempos. De lectura amena y accesible, permiten a cualquier lector interesado adentrarse tanto en el pensamiento y los descubrimientos de cada figura analizada como en su influencia posterior en el curso de la historia.


ISBN 978-84-323-1754-5